



1080115791

UANL
FONDO
GENERAL HISTORICO

BX4055
-C76
1809
v.11

AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.



NOVIEMBRE.

DIA PRIMERO.

LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

La Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu Santo, siempre zelosa por la gloria de los bienaventurados, y atenta siempre á todo aquello que puede contribuir á la salvacion de todos los fieles; no contenta con proponer cada dia en particular alguno ó algunos de aquellos dichosos moradores de la celestial Jerusalem como objeto digno de su veneracion, protectores y guías de sus aciertos, junta hoy todos aquellos héroes cristianos, presentándoselos unidos por materia de su culto, para que, en atencion á tantos y tan poderosos intercesores, que son á un mismo tiempo abogados y modelos, derrame Dios sobre nosotros con mayor abundancia los tesoros de su misericordia, y todas las gracias que son menester para imitarlos. Considerámoslos nosotros como hermanos nuestros, miembros todos de un mismo cuerpo mistico bajo una misma cabeza, y por consiguiente nos reputamos igual-

mente acreedores á la misma herencia que ellos, mientras por nuestra culpa no perdamos el derecho que legítimamente nos pertenece por el bautismo. Ellos fueron lo que nosotros somos, y algun dia podemos ser nosotros lo que son ellos. Gimieron como nosotros en este valle de lágrimas, lugar de afliccion y de destierro: estuvieron igualmente que nosotros expuestos á las mismas flaquezas, sujetos á las mismas tentaciones: corrieron los mismos peligros, encontraron las mismas dificultades, les salieron al ramino que ellos y por los propios medios debemos nosotros superar los embarazos, con igual valor resistir á los mismos enemigos, y con la misma fidelidad corresponder á la gracia. La gloria que gozan, y la bienaventuranza que poseen, merecen nuestro culto, y son objeto digno de nuestra noble ambicion. Sus méritos tan gloriosamente premiados exigen nuestra veneracion, y lo mucho que pueden con Dios es motivo justo para alentar nuestra confianza. Este es en suma el fin que se propone la Iglesia en el general y solemne culto que tributa hoy á los bienaventurados, y este es todo el objeto de la presente festividad.

En el discurso del año nos los hace presentes, poniéndonos á la vista cada uno en particular, para que, sosteniendo nuestra fe, y elevando hácia el cielo nuestra esperanza y la consideracion á tan gloriosos objetos, nos acordemos de lo que fueron y de lo que son, advirtiéndolo que nosotros debemos ser para aumentar su número, agregándonos á ellos. Pero reconociendo que no son suficientes todos los dias del año para tributar cultos en particular, aun á aquellos solos de que ella tiene noticia, y por otra parte son innumerables los otros, cuyos nombres solo están escritos en el libro de la vida, los cuales, no obstante que no los conozcamos, no por eso son menos dignos

de nuestro respeto y de nuestra veneracion; escogió la Iglesia un dia para honrarlos á todos, obligándolos con este culto especial á que todos se interesen mas particularmente en la salvacion de aquellos que no dejan de ser hermanos suyos, aunque giman todavia en este lugar de destierro. Este dia tan célebre y tan solemne es el primero de noviembre, en que, juntando todas sus fiestas en una, á todos los empeña á que intercedan por nosotros al Señor.

Mucho tiempo antes que se fijase á este dia la presente fiesta general, se solemnizaba dentro del tiempo pascual; es decir, entre pascua de Resurreccion y Pentecostés, la fiesta de los santos en comun con cierta especie de conmemoracion universal; pero no comprendia mas que á la santísima Virgen, reina de todos los santos, á los apóstoles y á los mártires, cuyo glorioso triunfo se celebraba en aquel tiempo de alegría y regocijo. Estaba destinado el primer dia de mayo para la fiesta de los apóstoles, y otro dia del mismo mes para la de los mártires, á cuyo frente se colocaba siempre la santísima Virgen; pero todavia no se celebraba fiesta particular en honor de todos los santos, á la cual dió ocasion en cierta manera el famoso Panteon, templo de todos los dioses.

Era el edificio mas suntuoso que se admiraba en Roma, reputado por maravilla del arte, y por el último esmero de la arquitectura: muy capaz, muy elevado y de figura rotunda, en significacion de que representaba al mundo: obra erigida por Agripa algunos años antes del nacimiento de Cristo en memoria de la victoria que consiguió Augusto en la famosa jornada de Accio contra Antonio y contra Cleopatra; dándosele el nombre de *Panteon*, para denotar que en él se tributaba adoracion á todos los dioses, no obstante que Agripa solo le habia consagrado á Júpiter vengador. Empeñados los empera-

dores cristianos en abolir el culto de los idolos, echaron por tierra todos sus templos para sepultar entre sus ruinas las reliquias de las supersticiones paganas, siendo quizá el Panteon el único monumento del gentilismo que se perdonó. Habianse destruido los famosos templos de Júpiter Capitolino en Roma, de Júpiter Celeste en Cartago, de Apolo en Delfos, de Diana en Éfeso, de Serapis en Alejandria; y subsistia un edicto del emperador Teodosio, en que se mandaba fuesen arrasados todos aquellos lugares de abominacion, y se colocasen cruces sobre los despojos de sus ruinas: providencia necesaria en los primeros tiempos de la Iglesia para abolir la memoria del gentilismo, que habia introducido el error en todos sus monumentos, cuyo ejemplo imitó san Gregorio el Grande hacia el fin del sexto siglo, ejecutando lo mismo con los templos de Inglaterra en los principios de la dichosa conversion de los Ingleses. Pero cuando ya no habia que temer á la idolatria, le pareció mas acertado purificar los templos antiguos que arruinarlos para levantar otros nuevos. Con esta misma consideracion, purifico y consagró Bonifacio IV el famoso Panteon, conservado hasta su tiempo para ilustre monumento de la victoria que la Iglesia habia conseguido de la ciega gentilidad, dedicándole á la santísima Virgen María y á todos los santos mártires, para que en adelante fuesen honrados todos los verdaderos santos en el mismo templo donde habian recibido sacrilegas adoraciones todos los dioses falsos; cuya famosa dedicacion se solemnizó el dia 12 de mayo del año 609; asegurando el cardenal Baronio haber leído en un documento muy antiguo que el referido papa Bonifacio habia trasladado al Panteon veinte y ocho carros cargados de huesos de santos mártires, sacándolos de las catacumbas de los contornos de Roma. Sin embargo, no se debe decir que la fiesta ó la dedi-

racion de aquel magnifico templo, llamado al principio *de Nuestra Señora de los Mártires*, y hoy *Santa María la Rotunda*, fuese en rigor la fiesta de todos los santos. La época de esta festividad se debe colocar en el pontificado de Gregorio III, que por los años 732 hizo erigir una capilla en la iglesia de San Pedro en honra del Salvador, de la santísima Virgen, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, y de todos los justos que reinan con Cristo en la celestial Jerusalem: fiesta que al principio se celebró solo en Roma; pero muy en breve se extendió á todo el mundo cristiano, y fué colocada entre las festividades de mayor solemnidad.

Habiendo pasado á Francia el papa Gregorio IV el año de 835, mandó que se celebrase solemnemente la fiesta de todos los santos en la Iglesia universal, con cuya ocasion expidió un edicto el emperador Ludovico Pio, y se fijó al primer dia de noviembre, en que, uniendo la Iglesia como en un solo cuerpo todas aquellas almas bienaventuradas, congrega, como se ha dicho, todas las fiestas en una, honrandolos a todos con religioso culto en una sola festividad. Como los gentiles celebraban este mismo dia una fiesta en honor de todos los dioses, acompañandola con todo género de disoluciones, es muy probable que esto mismo determinó á la Iglesia para fijar esta fiesta en el propio dia, que antes era de ayuno, el que desde entonces se anticipó á la vigilia; por lo que, esta festividad ocupa lugar entre las mas solemnes, siendo todavía de precepto en el reino de Inglaterra, aun despues que el cisma y la herejia desterraron casi todas las demás. El papa Sixto IV mandó que se celebrase con octava, quedando de esta manera constituida entre las mas solemnes de toda la Iglesia universal.

Es sin duda grande el número de los santos, cuya memoria celebra cada dia; pero es mucho mayor el

de aquellos, cuyos nombres, virtudes y merecimientos se ocultan á su noticia. ¡Cuántos santos hay de todas edades, de todas condiciones, de todos estados, en todas las naciones y en todos los pueblos! ¡cuántas virtudes heróicas, cuyo resplandor se sepulta en el retiro de la soledad! ¡cuántos héroes cristianos enterrados en esos desiertos! ¡cuántos siervos de Dios escondidos en la oscuridad de una vida pobre, humilde, mortificada, ignorados del mundo, y únicamente conocidos de aquel Señor á quien sirven! ¡cuántas grandes almas en empleos bajos, abatidos y viles! ¡cuántas eminentes virtudes son robadas á nuestra noticia por las paredes de los claustros! ¡cuántos santos se fabrican en el taller de las adversidades, y en el ejercicio de la mortificacion y de la penitencia! Conociólos Dios, recompensólos abundantemente, y los hará gloriosos á los ojos de los hombres en el gran día de los premios y de los castigos; pero era muy puesto en razon que la Iglesia rindiese honores en la tierra á los que Dios ha glorificado ya en el cielo. No hay alguno de estos bienaventurados que no se interese en nuestra salvacion: solicitamos proteccion, imploramos su asistencia, tenemos necesidad de sus oraciones, y merecen nuestro culto. Este es el que hoy les tributamos.

Cuando la Iglesia en la festividad de todos los santos nos presenta á todos estos privados del Altísimo, no se contenta con proponerlos á nuestra veneracion para el culto; intenta tambien hacerlos presentes á nuestra imitacion para el ejemplo. Dícenos á todos en este día que aquellos cuya celestial sabiduría es objeto de nuestra admiracion, cuya virtud lo es de nuestro respeto, cuya gloria lo es de nuestro gozo, cuyos merecimientos celebramos, cuyo triunfo aplaudimos, y cuya dicha envidiamos, son unos escogidos de Dios, que fueron de nuestra misma edad, de

nuestro mismo sexo, de nuestra misma condicion, de nuestro mismo estado, de nuestro mismo empleo y de nuestro mismo nacimiento. Entre aquella multitud innumerable de bienaventurados tributamos hoy adoraciones al pobre oficial, al humilde labrador, al lacayo, al infimo criado que en la oscuridad de su clase, en la mediocridad de su fortuna y en los penosos ejercicios de su abatido ministerio supieron ser santos, haciendo una vida inocente, devota y verdaderamente cristiana. Honramos á los principes y á los reyes que en la elevacion del trono y entre el esplendor de la corte conservaron unas costumbres irreprochables y puras, cultivaron la santidad, y no conocieron otra política, ni otras reglas para gobernar sus acciones que las máximas del Evangelio. Veneramos aquellos hombres acomodados, aquellos ricos del mundo, mas prudentes, mas discretos que otros muchos; pues, no dejándose deslumbrar del falso oropel de los honores, ni afeminar su corazon con el halagüeño atractivo de las riquezas, usaron de sus bienes para borrar sus pecados, supieron burlar los lazos que el mundo les armaba, y despreciando toda otra fortuna que la eterna, arreglaron sus costumbres por los principios de la fe, y acertaron á ser santos donde tantos otros se pierden. Adoramos en fin á nuestros mismos hermanos, que dentro del gremio donde nosotros vivimos, siguiendo nuestro mismo instituto, y observando aquellas mismas reglas que nosotros tenemos, arribaron á una eminente santidad: á nuestros parientes, nuestros amigos y á nuestros paisanos, que con las mismas pasiones, con las mismas dificultades, con los propios estorbos, y con iguales auxilios, sin otros algunos medios, acertaron á salvarse y llegaron dichosamente al término de su carrera. ¿Qué excusa podemos alegar para no aumentar algun día el número de aquellas almas

felices? Y si nos condenamos, ¿qué justa, pero qué cruel reconvencion no nos harán por toda la eternidad aquellos espíritus bienaventurados.

No por cierto; los santos no llegaron á ser todo lo que fueron precisamente por haberse ejercitado en obras ruidosas y singulares. Sin ellas podían ser santos, y también podían no serlo con ellas. ¡Cuántos predestinados no hicieron en la tierra cosa particular que mereciese admiración! ¡y cuántos réprobos hicieron en el mundo acciones gloriosas que les merecieron los aplausos de los hombres al mismo tiempo que Dios los condenaba! Los santos fueron santos precisamente porque cumplieron con las obligaciones de su estado; porque supieron componer los deberes de este con los de su religion; porque en todas materias prefirieron su conciencia á los intereses humanos, la ley de Dios á sus inclinaciones, y las máximas del Evangelio á las máximas del mundo. San Luis, san Eduardo, santa Isabel en el trono; san Isidro labrador en el campo, san Homobono en su taller, y santa Blandina en su cocina; tantos santos como vivieron con nosotros dentro de una misma comunidad; tantos santos de una misma familia son argumentos convincentes de que para ninguno es impracticable la virtud, y que en esta no hay cosa tan ardua, que no lleve consigo el medio para superarla. Esto mismo nos demuestra hoy palpablemente la Iglesia, poniéndonos á la vista tantos millones de santos que efectivamente fueron en el mundo aquello mismo que nosotros pretendemos ser imposible. Cuando nos hace presentes aquellos religiosos, aquellas tiernas doncellas, aquellos hombres del mundo, aquellos ricos y aquellos pobres que son materia de esta solemnidad, y objeto de nuestro culto, nos dice, como en otro tiempo se decía á sí mismo san Agustín: *Et tu non poteris quod isti, et istæ?* Pues qué, ¿no podrás hacer tú lo

que hicieron estos y aquellas? Ciertamente ningun pretexto podemos alegar que no le destruya el ejemplo de los santos. Ellos tuvieron los mismos cuidados que nosotros, padecieron las mismas tentaciones, lidiaron con las mismas pasiones, se encontraron con los mismos embarazos, y no sirvieron á otro dueño que al que nosotros servimos: todos tenemos una misma ley, y ellos no aspiraron á otra gloria diferente. Muchos de los que nos precedieron en nuestro estado y en nuestro empleo fueron santos: muchos de los que nos han de suceder lo serán también; ¡qué desgracia, qué dolor será el nuestro en la hora de la muerte si no nos aprovechamos de sus ejemplos! Predicáanse hoy en los púlpitos las alabanzas de todos los santos: ¿llegará por ventura algun día en que también se prediquen las nuestras? Pero si no llega este día, ¿cuál será nuestra desdichada suerte?

Ergo agite nunc, fratres; exclama el venerable Beda; *aggrediamur iter vite*. Aliento, pues, hermanos míos; emprendamos con esfuerzo y con alegría el camino de la vida: *revertamur ad civitatem caelestem, in qua scripti sumus et cives decreti*. Pues el cielo es nuestra patria y estamos empadronados en él como ciudadanos suyos, suspiremos por aquella celestial mansion, y llevemos con paciencia las amarguras de este destierro. *Non sumus hospites, sed cives sanctorum et domestici Dei*. En la tierra somos verdaderamente huéspedes: considerémonos en ella como extranjeros y como caminantes, puesto que en realidad los santos son nuestros compatriotas, y algun día hemos de ser conciudadanos suyos. Nunca nos olvidemos de que somos extranjeros y peregrinos por ahora; pero vendrá tiempo en que lo dejemos de ser, pasando á avecindarnos en la ciudad de los santos, á ser moradores de la casa de Dios, sus herederos y coherederos de Jesucristo, con tal que tengamos parte en

sus trabajos, si queremos participar de su gloria: *Etiā illius hæredes, cohæredes autem Christi, si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* ¿Cómo es posible que no se dirijan todos nuestros suspiros y todas nuestras ansias hácia aquella dichosa ciudad? *Quid non properamus et currimus, ut patriam nostram videre; ut parentes salutare possimus?* En ella nos está esperando, dice san Cipriano, una multitud de amigos y parientes nuestros: *magnus illic nos charorum numerus exspectat.* Pongamos los ojos en aquella numerosa tropa de nuestros hermanos, de nuestros conocidos y de nuestros hijos, que, seguros ya de su dichosa suerte, y solícitos de la nuestra, sin cesar nos están convidando a participar de la misma corona. *Fratrum, filiorum, frequens nos et copiosa corona desiderat, jam de sua immortalitate sècura, et adhuc de nostra salute sollicita.* ¡Oh cuánta alegría será la suya, y cuánta será la nuestra al vernos todos en una misma dulce compañía. *Quanta et illis, et nobis in commune lætitia est!* Allí reina el glorioso coro de los apóstoles; allí la brillante tropa de los profetas; allí la multitud innumerable de los mártires, distinguidos todos con las resplandecientes insignias de sus ilustres victorias. *Illic apostolorum gloriosus chorus, illic prophetarum exultantium numerus, illic martyrum innumerabilis populus, ob certaminis et passionis victoriam coronatus.* Allí se ven brillar aquellas vírgenes sin número que triunfaron de todo el infierno junto; aquellas almas caritativas que socorrieron á los necesitados; todos aquellos héroes cristianos, que tanto se distinguieron en el continuo ejercicio de la mortificación, de la austeridad y de la penitencia. Sean, hermanos míos, todos nuestros suspiros, prosigue el mismo padre, por la misma dichosa suerte; todos nuestros deseos, toda nuestra ambición y todo

nuestro anhelo por merecer la misma recompensa. *Ad hos, fratres dilectissimi, avida cupiditate properemus, et cum his citò esse, ut citò ad Christum venire contingat, optemus.*

Grandes apóstoles, gloriosos mártires, invencibles confesores, santas vírgenes, ilustres anacoretas, caritativos protectores de los hombres, á los que luchamos todavía con las olas en el golfo, y gemimos en el peligro, no nos bastan ni vuestros consejos, ni vuestros ejemplos, y tenemos además necesidad de vuestra poderosa intercesion. Bien conocida teneis nuestra flaqueza, no ignorais las fuerzas de nuestros enemigos; alcanzadnos del Señor aquellos vigorosos auxilios que sabeis nos son tan necesarios. Conseguidnos la gracia particular de que jamás perdamos de vista lo que vosotros hicisteis por Dios, y lo que Dios está ahora haciendo por vosotros, para que, enseñándonos vuestros ejemplos cómo debemos vivir, nos anime vuestra gloria á vivir como debemos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de todos los santos, que, despues de haber consagrado el Panteon, instituyó el papa Bonifacio IV para que se celebrase solemne y universalmente todos los años en Roma, en honor de la bienaventurada Virgen Maria, Madre de Dios, y en el de los santos mártires. Pero en lo sucesivo mandó Gregorio IV que la misma fiesta, que ya era celebrada de diferentes modos en varias iglesias, fuese solemnizada perpetuamente en dicho dia por toda la Iglesia en honor de todos los santos.

En Terracina de Campania, san Cesareo, diácono, quien, despues de haber pasado muchos dias en la cárcel, fué cosido dentro de un costal con san Julian, presbítero, y arrojado al mar.

En Dijon, san Benigno, presbítero, quien, habiendo sido enviado por san Policarpo a las Galias para predicar el Evangelio, fué atormentado cruelísimamente de diferentes maneras por el juez Terencio bajo el emperador Marco Aurelio. Por último, le magullaron el cuello con una barra, y su cuerpo fué traspasado con una lanza.

El propio día, santa María, sirvienta, que, acusada de ser cristiana, fué cruelmente azotada, extendida en el potro, y desgarrada con uñas de hierro, completando su martirio bajo el emperador Adriano.

En Damasco, el martirio de san Cesareo, de san Dacio, y de otros cinco.

En Persia, san Juan, obispo, y san Jacobo, presbítero, mártires bajo el rey Sapor.

En Tarso, santa Cirenía y santa Juliana, bajo el emperador Maximiano.

En Clermont de Auvernia, san Austremonio, primer obispo de aquella ciudad.

En Paris, el tránsito de san Marcelo, obispo.

En Bayeux, san Vigor, obispo, en tiempo de Childerto, rey de Francia.

En Tivoli, san Severino, monje.

En Gatinois, san Maturino, confesor.

En el Bourdieu de Berri, san Ludro, hijo del senador Leucadio, mencionado por san Gregorio Turonense.

En Autun, san Primo, obispo, de quien se hace mencion en el martirologio de san Jerónimo.

En la alta Auvernia, san Flour, obispo de Lodeve, cuyas reliquias son veneradas en la iglesia catedral de la ciudad de su nombre.

Cerca de San Messent en Poitou, san Eano, obispo.

En Clermont, san Amable, cura de San Juan de Riom, luego primer chantre de la iglesia de Clermont.

En Gascuña, san Sebe, venerado como mártir y apóstol de aquel país.

En Moisey, diócesis de Besanzon, san Loteno, presbítero.

Este mismo día, el martirio de san Eustaquio, soldado, con su mujer y sus hijos.

En Milan, el tránsito de san Magno, obispo de aquella ciudad.

En Mérida, san Mausono, obispo, cuyo cuerpo es reverenciado en Santa Eulalia.

En Cea en el reino de Leon, santa Lombrosa, virgen.

La misa es en honra de la santísima Virgen y de todos los santos, y la oracion la que sigue :

Omnipotens sempiternæ Deus, qui nos omnium sanctorum tuorum merita sub una tribuisti celebritate venerari; quæsumus, ut desideratam nobis tuæ propitiacionis abundantiam, multiplicatis intercessoribus largiaris. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Todopoderoso y sempiterno Dios, que nos concedéis la gracia de que celebremos los merecimientos de todos los santos bajo una sola solemnidad; suplicámoste que, en atencion á tanta multitud de intercesores como ruegan por nosotros, derrames con abundancia en nuestros corazones los tesoros de tu misericordia. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 7 del Apocalipsis.

In diebus illis : Ecce ego Johannes vidi alterum angelum ascendentem ab ortu solis, habentem signum Dei vivi : et clamavit voce magna quatuor angelis, quibus datum est nocere terræ et mari, dicens :

En aquellos días : Hé aquí que yo Juan ví otro ángel que subía del Oriente, y tenía el sello de Dios vivo ; y clamó con una gran voz á cuatro ángeles, á los cuales se les encargó hacer daño á la tierra y al mar, diciendo :

Nolite nocere terræ, et mari, neque arboribus : quoadusque signemus servos Dei nostri in frontibus eorum. Et audivi numerum signatorum, centum quadraginta quatuor millia signati, ex omni tribu filiorum Israel. Ex tribu Juda, duodecim millia signati : Ex tribu Ruben, duodecim millia signati : Ex tribu Gad, duodecim millia signati : Ex tribu Aser, duodecim millia signati : Ex tribu Nephthali, duodecim millia signati : Ex tribu Manasse, duodecim millia signati : Ex tribu Simeon, duodecim millia signati : Ex tribu Levi, duodecim millia signati : Ex tribu Issachar, duodecim millia signati : Ex tribu Zabulon, duodecim millia signati : Ex tribu Joseph, duodecim millia signati : Ex tribu Benjamin, duodecim millia signati. Post hæc vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat, ex omnibus gentibus et tribubus, et populis, et linguis : stantes ante thronum, et in conspectu Agni, amicti stolis albis, et palmæ in manibus eorum ; et clamabant voce magna dicentes : Salus Deo nostro, qui sedet super thronum, et Agno. Et omnes angeli stabant in circuitu throni, et seniorum, et quatuor animalium : et ceciderunt in conspectu throni in facies suas, et adoraverunt Deum, dicentes :

No queráis dañar á la tierra, ni al mar, ni á los árboles hasta que señalemos á los siervos de nuestro Dios en sus frentes. Y oí el número de los señalados, ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Juda, doce mil sellados : de la tribu de Ruben, doce mil sellados : de la tribu de Gad, doce mil sellados : de la tribu de Aser, doce mil sellados : de la tribu de Neftalí, doce mil sellados : de la tribu de Manasés, doce mil sellados : de la tribu de Simeon, doce mil sellados : de la tribu de Levi, doce mil sellados : de la tribu de Issacar, doce mil sellados : de la tribu de Zabulon, doce mil sellados : de la tribu de José, doce mil sellados : de la tribu de Benjamin, doce mil sellados. Despues de esto, vi una turba grande, que ninguno podia contar, de todas las gentes, y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban delante del trono, y en presencia del Cordero, vestidos con estolas blancas, y con palmas en sus manos, y clamaban en alta voz, diciendo : La salud sea á nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban alrededor del trono, y de los ancianos, y de los cuatro animales, y se postraron en presencia del trono boca abajo, y adoraron á Dios, diciendo :

Amen. Benedictio, et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor, et virtus, et fortitudo Deo nostro in sæcula sæculorum. Amen.

Amen. La bendicion, y la gloria, y la sabiduría, y la accion de gracias, el honor, y la virtud, y la fortaleza (sean dadas) á nuestro Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

NOTA.

«El Apocalipsis, nombre griego que significa *revelaciones*, contiene en veinte y dos capítulos una profecía enteramente misteriosa del estado de la Iglesia hasta el último dia de los tiempos, comenzando desde la Ascension de Cristo á los cielos. Todo se representa en visiones : contiene tantos misterios como palabras, y ninguna hay, dice san Jerónimo, que no admitta varios sentidos. La epístola de hoy es como una pintura que nos representa la congregacion de los santos en la gloria.»

REFLEXIONES.

Vi despues una gran muchedumbre que ninguno podia numerar, compuesta de todas las naciones, de todas las tribus, de todos los pueblos, y de todas las lenguas. ¡Cuanto nos debe consolar esta universalidad y esta multitud de santos! No hay incentivo mayor para animar nuestro aliento; para vigorizar nuestra confianza, para merecer nuestra fidelidad. Sin hablar ahora de mas de diez y siete millones de mártires, á quienes les pareció hacian poco ó nada en derramar su sangre, y en dar la vida por salvar sus almas : ¿quién podrá contar el sinnúmero de santos de todas edades, de todos sexos y de todo género de estados que vivieron perpetuamente dedicados á la práctica de todas las virtudes, y á los penosos ejercicios de la mas rigida, de la mas severa penitencia? Et tu non poteris quod isti et istæ? Motivo justo para estimular